

Esta reflexión sobre el quehacer de la teología, realizada por alguien como Olegario González de Cardedal, teólogo fecundo que ha hecho de la teología su vida, tiene el sabor de una autobiografía intelectual. Lo es en la medida en que tras las numerosas clasificaciones, análisis y pronósticos que pueblan el libro, se deja traslucir la autoridad de una experiencia contrastada. El yo, sin embargo, está pudorosamente ausente, salvo en dos páginas en las que se confiesa deudor de cuatro grandes líneas teológicas del siglo XX: la escolástica, la francesa, la germana y una cuarta que abarcaría la hermenéutica, la teología política europea y la de la liberación. Sabiéndose deudor de ellas, Olegario las piensa desde su lugar propio, sazónándolas con figuras de la cultura hispánica como los místicos, los clásicos del Siglo de Oro o filósofos y poetas tales que Unamuno, Machado, Ortega o Zubiri.

Fiel al giro antropológico o existencial de la teología, favorecido por autores como Kierkegaard, Blondel, Rahner o Zubiri, Olegario considera al teólogo como un corazón inquieto, un buscador de Dios. Búsqueda que implica la idea de movimiento, de camino, es decir, de lugar. Quizás sea esta noción de lugar, en la que resuenan los ecos de la obra clásica de *De locis teologicis* (1563) de Melchor Cano, la que mejor pueda orientarnos con este libro. El teólogo caminante, hombre de fe, tiene que preguntarse sobre el desde dónde y hacia dónde ha de dirigir sus pasos en la búsqueda de Dios. Si bien son muchos los contextos y los lugares desde los que ejercer la teología, existen, al menos, tres privilegiados: el templo o monasterio, la universidad y la plaza pública. La teología cristiana no puede, según Olegario, prescindir de ninguno. Por eso la teología de la liberación, surgida desde la plaza pública ocupada por los pobres, será fecunda siempre que acepte la complementariedad con las teologías surgidas de los otros dos.

Al tiempo que sobre el punto de partida y el de llegada, la teología nos obliga a preguntarnos por el camino, es decir, por el método, por el cómo. ¿Cómo aprender, cómo hablar sobre Dios?, ¿cómo orar, cómo vivir? La audición, la intelección, la realización y la proposición de la fe, nos remiten a diversas técnicas y disciplinas auxiliares: exégesis, hermenéutica, dogmática, liturgia, pastoral, apologética. El teólogo *didaskalos*, bendecido con el carisma del magisterio, habrá de dominar aquellas técnicas antes de impartir su enseñanza en su triple vertiente de anámnesis o rememoración de Cristo, parénesis o invitación a la fe, y prolepsis o capacidad para mostrar la fuerza del futuro de Dios. Y en esa su actividad, sintiéndose muy próximo a ellos, buscará la asistencia de otros queridos compañeros de viaje como el filósofo, el poeta o el santo.

Advierte Olegario sobre los peligros y tentaciones que acechan en el camino del teólogo. Junto a las concupiscencias y pasiones de todo hombre, el teólogo está expuesto al deseo idolátrico del dominio sobre Dios y a utilizarlo para dominar a los otros.

En definitiva, el origen y la meta de la teología no es un lugar estático, sino un Dios vivo que ordena: ¡sal de tu tierra! Como cualquier creyente, el teólogo se pone en camino hacia un misterio que se va revelando. Por eso, según Olegario, preguntarse por el lugar de la teología termina siendo lo mismo que preguntarse por el tiempo y lugar de Jesús, camino y verdad, plenitud de la revelación, que sale al encuentro del caminante como una flor que se abre. **CARLOS EYMAR**

La teología es teología cristiana como incesante diálogo con Dios y con los hombres en el camino; diálogo con aquel que se hizo nuestro Camino en persona, el pionero de la caravana humana, que ya ha entrado en el santuario de Dios (p. 716).